



3

Máster en Criminología

MÓDULO II. SOBRE EL CRIMEN



www.isfap.com · info@isfap.com

TEMA VII. CRIMEN Y CRIMINALIDAD

Introducción

La explicación de los comportamientos criminales ha sido objeto de muy diferentes disciplinas. La filosofía se ocupó durante años de discutir las causas del crimen; cuando la criminología positivista se instaura oficialmente en la segunda mitad del siglo XIX, muchos estudiosos, desde campos tan diversos como la psiquiatría, la sociología, la antropología, la economía, la biología o la psicología, procuraron aplicar sus conocimientos a esta área de estudio.

No todas las disciplinas tuvieron igual éxito en hacer visibles sus aportaciones. A partir de los años 20, el auge de la sociología, especialmente en Estados Unidos, relegó a un segundo plano las explicaciones que, como las psicológicas, contemplaban la existencia de determinantes intrapersonales. Los factores con un anclaje psicobiológico fueron objeto de un rechazo especialmente acusado; los excesos del atavismo de Lombroso, el temor a reduccionismos biologicistas y la sospecha de posturas discriminatorias desplazaron las corrientes psicobiológicas a puestos marginales dentro de la criminología.

Desde la psicología y la psicobiología se enfatiza que los factores individuales actúan siempre en interacción con un contexto social y se van abriendo paso modelos transaccionales que, lejos de los simplismos de otros tiempos, revelan un complejo entramado de procesos recíprocos entre lo individual y lo social. Así pues, se asiste a un redescubrimiento de las aportaciones que la psicología puede realizar a la explicación de los comportamientos criminales, y la llamada Psicología Criminológica constituye hoy un campo en plena expansión; se trata de un área de amplísimas dimensiones - véase, por ejemplo, Blackburn, 1993 -.

Es necesario, en principio, realizar ciertas aclaraciones conceptuales. En primer lugar, debemos tener presente una distinción que ha adquirido cierta popularidad en criminología y que afecta a los términos crimen y criminalidad - Hirschi y Gottfredson, 1988 -: mientras que el **crimen** se refiere a un acto específico, espacial y temporalmente circunscrito, la **criminalidad** denota la tendencia a implicarse en tales actos. De este modo, las explicaciones de la llamada conducta criminal pueden intentar explicar:



a) cómo y por qué se produce el acto puntual del crimen o

b) por qué un individuo tiene tendencia a implicarse en actos de ese tipo. Desde la psicología, la mayor parte de las explicaciones se ocupan de la criminalidad y no tanto del

crimen; sobre el acto concreto, sus circunstancias y sus factores próximos, se han desarrollado otras opciones que, recuperando el espíritu del clasicismo criminológico, conciben el crimen como el resultado de un cálculo racional, en el que se ponderan costes y beneficios, y en el que cobran protagonismo los factores situacionales inmediatos - como por ejemplo la presencia de víctimas accesibles, nivel de vigilancia, Clarke, 1980 -.

En segundo lugar, es necesario contrastar la visión más institucionalista del crimen con la visión llamada realista - Biderman y Reis, 1967 -. Con ello estamos haciendo referencia a un viejo debate en el ámbito de la explicación criminológica.

Desde una perspectiva institucionalista o legalista, el objeto de estudio debe ser el crimen legalmente definido y los sujetos de la investigación deben ser aquellos individuos que han sido procesados y convictos en el sistema legal. Desde una perspectiva realista, sin

embargo, se incluyen como objeto de estudio aquellos individuos que han cometido conductas delictivas, independientemente de que se haya producido o no detección y procesamiento oficial. Desde este punto de vista, se enfatiza que sólo una pequeña proporción de sujetos que cometen delitos llegan a ser aprehendidos y convictos y, además, los sujetos que llegan al final del proceso pueden ser muy poco representativos del total de individuos que violaron la ley -Jeffery, 1990 -; se ha encontrado, por ejemplo, que diversos factores extralegales como la edad, el sexo, el estrato socioeconómico o las propias habilidades de autopresentación de los procesados contribuyen a determinar quién recibirá la etiqueta final de delincuente - Hagan, 1975 -. La adopción de una u otra visión, institucionalista versus realista, tiene implicaciones metodológicas importantes para la psicología criminológica.

Quienes optan por la primera de ellas suelen realizar estudios de comparación entre criminales convictos y sujetos de la población general - llamados estudios de grupos conocidos -. Sin embargo, desde una postura realista, que ha ido ganando adeptos en las últimas décadas, se recurre a formas más directas de evaluar la conducta criminal como los autoinformes, que, a pesar de los recelos con que fueron inicialmente recibidos, han venido demostrando su fiabilidad y su validez al menos cuando se utilizan en condiciones no amenazantes y se garantiza el anonimato. Además, frente a la rígida dicotomización delincuente-no delincuente implícita en los estudios de comparación, los trabajos con autoinformes conciben a la conducta delictiva como un continuo, que puede asumir muy diferentes grados y formas de manifestación.

En tercer lugar, debemos señalar que para la psicología criminológica adquieren importancia conductas que, sin ser estrictamente delictivas, son transgresiones de normas sociales comúnmente aceptadas y/o infligen daño a los demás. Diversos autores han manifestado que, desde un punto de vista psicológico, la conducta criminal es sólo una parcela de una categoría más amplia de comportamientos que violan normas, sean

éstas legales o no. En este sentido, muchos autores prefieren como objeto de estudio a la conducta antisocial - Kazdin y Buela-Casal, 1994; Pérez, 1987; Rutter et al., 1998 -, una categoría en la que se incluyen, por ejemplo, conductas agresivas y muchos comportamientos disruptivos juveniles que no son propiamente delictivos. Estas conductas antisociales tienen antecedentes y manifestaciones muy semejantes a la delincuencia propiamente dicha, y son buenas predictoras de las carreras criminales, por lo que su investigación permite desentrañar los orígenes tempranos de la delincuencia y avanzar hacia su prevención.

En este tema revisaremos las principales líneas de investigación sobre factores psicológicos explicativos de la conducta criminal o antisocial.

Abordamos, en primer lugar, aquellos factores de carácter psicosocial o microsocioal, relativos a los espacios de interacción más próximos al individuo. Concretamente, los llamados contextos de socialización: familia, escuela y grupo de amigos que han sido objeto de un amplio caudal de investigación dentro de la psicología de la delincuencia. En segundo lugar, presentamos las principales corrientes de estudio sobre factores de carácter más individual; nos ocupamos, por un lado, de las variables de personalidad y dedicamos también un espacio a otro tema clásico de investigación: la inteligencia. Como marco integrador de diversos factores psicológicos, presentamos en otro apartado el planteamiento de Moffitt, 1993, un ejemplo muy representativo de una nueva generación de modelos teóricos que, en los últimos tiempos, están ejerciendo una amplia influencia en este campo de conocimiento y que han mostrado su utilidad para organizar un área tradicionalmente deshilvanada. Finalmente, abordaremos la psicopatía, una categoría de conductas y atributos personales con una enorme relevancia social y clínica y que, pese a los avances que se han producido en su explicación y su tratamiento, continúa siendo un tema complejo.

La influencia de los contextos de socialización

El ambiente familiar

La familia ha sido uno de los focos de interés privilegiados en la búsqueda de factores explicativos de la conducta criminal. A la familia se le ha asignado tradicionalmente un papel fundamental en la configuración de actitudes, valores y estilos de vida, por lo que no es extraño que se le haya prestado una especial atención. Desde la propia criminología, una de las teorías microsociales más clásicas e influyentes - teoría del control social - propone que el apego a la familia desempeña un papel esencial para contener las tendencias transgresoras de la naturaleza humana.

Son muchos los factores familiares que se han investigado como determinantes de la delincuencia - Garrido, 1987; Mirón, 1990 -. Los trabajos pioneros se ocuparon básicamente de la estructura o composición familiar; factores como el número de hijos o la ausencia de alguno de los padres ocuparon muchas páginas de investigación. Con el tiempo, el interés por estas variables fue decayendo, dado que el efecto de la estructura parecía estar mediado por aspectos más dinámicos del funcionamiento familiar. Un mayor número de hijos parecía ejercer su influencia a través de una menor supervisión parental y/o a través de un efecto de contagio de los hermanos mayores sobre los menores - Offord, 1982 -; la influencia de los hogares rotos podría explicarse a través del conflicto que a menudo acompaña a la ruptura - Loeber y Stouthamer-Loeber, 1986 - o a las dificultades para ejercer una adecuada supervisión - Patterson y Stouthamer-Loeber, 1984 -. Por ello, muchas investigaciones prestaron más atención a las llamadas variables funcionales - Blackburn, 1993 -, relativas a las interacciones que se establecen en el medio familiar.

Entre las variables que se han visto asociadas a la conducta criminal se encuentran, por ejemplo, el conflicto entre los padres - McCord, 1986 - y la falta de cohesión, de confianza

y de implicación afectiva entre padres e hijos -Cernkovich y Giordano, 1987; Romero, Luengo y Gómez-Fraguela, 2000 -. Asimismo, se ha encontrado que el maltrato en la familia es un factor de riesgo para el desarrollo de conductas criminales - Widom, 1989 -, aunque, a diferencia de lo que proponen los planteamientos sobre el círculo de la violencia, estas conductas no sean necesariamente violentas. Falta por clarificar todavía cuáles son los mecanismos a través de los cuales el maltrato ejerce su influencia. Como procesos mediadores entre el maltrato y la delincuencia se han propuesto muy diferentes alternativas, tales como el modelado, la formación de un estilo de apego inseguro que lleva a realizar interpretaciones hostiles sobre estímulos neutros, la desensibilización ante experiencias emocionalmente intensas o el desarrollo de estilos de afrontamiento desadaptativos - Widom, 1997 -.

Otra área de estudio ampliamente desarrollada es la de **los estilos de crianza**. La falta de supervisión sobre las actividades de los hijos, así como una disciplina punitiva, permisiva o inconsistente son factores predictores de delincuencia. Diferentes autores han puesto de manifiesto que un estilo con autoridad, que combine apoyo afectivo y control normativo, promueve el desarrollo del autocontrol y la competencia social - Baumrind, 1978 -, mientras que tanto los estilos rígidos y punitivos como los caracterizados por permisividad o indiferencia provocan conductas agresivas y antinormativas. Además, se han hecho análisis minuciosos del flujo de interacciones en familias de niños problemáticos y se ha encontrado que son frecuentes los intercambios coercitivos entre padres e hijos, de forma que, involuntariamente, la conducta antinormativa es reforzada: le permite al niño lograr la atención de los padres, escapar de situaciones que le resultan desfavorables o, a través del “contraataque”, conseguir que los padres desistan en su castigo - Patterson, Reid y Dishion, 1992- .

Finalmente, otro resultado bien establecido es el poder predictivo de la conducta antisocial de los padres sobre la conducta antisocial de los hijos; este resultado se ha

encontrado tanto en adultos como en adolescentes y en niños con trastorno de conducta - Lahey et al., 1988 -.



En definitiva, son múltiples los factores de riesgo derivados de la familia. No obstante, hay que tener en cuenta que estos factores aparecen muy a menudo interrelacionados, y no se ha determinado todavía cuál es la contribución específica de

cada uno de ellos. Además, tampoco se ha clarificado en qué medida estos resultados son indicativos de una relación causal de la familia sobre la conducta antisocial o si, por el contrario, el efecto puede ser inverso.

Puede ocurrir, por otra parte, que sean terceras variables las que afectan tanto a las características de la familia como a la delincuencia de los hijos. En los últimos años se está prestando gran atención a la posibilidad de que factores genéticos puedan explicar, en parte, la relación entre las características familiares y la delincuencia -Rutter et al., 1998 -; por ejemplo, las disposiciones genéticas podrían ser parcialmente responsables tanto de las conductas hostiles y erráticas de los padres como de la conducta antisocial de los hijos.

Experiencias escolares

Otro gran marco de socialización, de gran relevancia durante la infancia y la adolescencia, es la escuela. Por una parte, se ha investigado si hay características del medio escolar

como la organización, funcionamiento, filosofía educativa que favorecen el desarrollo de conductas antisociales.

Se sabe que las escuelas difieren en sus tasas de delitos y de otras conductas problemáticas, aunque al analizar la relación entre las características escolares y la delincuencia es necesario tener en cuenta las diferencias previas en el tipo de alumnos que reciben los colegios. Algunos estudios investigaron estas relaciones, controlando las características previas del alumnado, y encontraron que, efectivamente, existen variables asociadas a la progresión en los problemas de conducta. Por ejemplo, altos niveles de delincuencia se relacionan con un estilo disciplinario rígido y coercitivo, expectativas negativas de los profesores sobre los alumnos y etiquetado de los jóvenes problemáticos -Rutter et al., 1979 -.

Independientemente de las características del clima escolar, en múltiples ocasiones se ha constatado una asociación significativa entre el fracaso académico y la conducta delictiva - Loeber, Farrington, Stouthamer-Loeber y Van Kammen, 1998 -. Podemos suponer que el fracaso por ajustarse a un medio que tiene entre sus funciones la transmisión de normas socialmente consensuadas facilite el desarrollo de la delincuencia. No obstante, también aquí falta por analizar el sentido de la relación y se debe clarificar si se trata o no de una asociación espúrea, resultado de factores familiares, personales o intelectuales que pudieran afectar tanto al logro escolar como a los problemas de conducta.

El grupo de amigos

El llamado grupo de pares adquiere gran importancia socializadora durante los años adolescentes, la etapa vital en la que las cifras de delincuencia alcanzan sus valores máximos; es otro de los focos de atención más importantes en la explicación de la delincuencia. Además, es una fuente de influencia con un protagonismo muy especial en

una de las orientaciones criminológicas hegemónicas en el siglo XX: la teoría de la asociación diferencial - Sutherland, 1939 -. Tanto este marco teórico como el del aprendizaje social - Akers, 1977 - proponen que el individuo asimila actitudes y conductas desviadas en interacción con sus medios sociales más próximos; entre ellos, el grupo de amigos ocupa un lugar muy destacado.

Los resultados de las investigaciones muestran que los sujetos antisociales suelen tener amigos antisociales. Éste es, probablemente, uno de los hallazgos más consistentes de la investigación criminológica - Thornberry y Krohn, 1997 -. La asociación entre la delincuencia del sujeto y la de sus amigos adquiere un tamaño relativamente elevado - Romero, Luengo y Otero, 1995 -, y esto ha sido interpretado como apoyo a la intensa influencia de los iguales sobre la conducta antisocial. En los últimos años, sin embargo, ha adquirido fuerza una hipótesis alternativa: los sujetos, que previamente pueden contar ya con actitudes y conductas desviadas, eligen amigos semejantes a sí mismos y buscan ambientes en los que poder expresar sus motivaciones e intereses. En esta área de investigación se ha hecho muy popular el refrán anglosajón “birds of a feather flock together” (“los pájaros con una misma pluma se aúnan en una misma bandada”); si esto es así, la implicación en grupos desviados podría ser más una variable a explicar que un factor explicativo. Esta postura subraya el carácter activo del ser humano y su capacidad para configurar ambientes coherentes con sus disposiciones personales.

Las investigaciones que ponen a prueba estos planteamientos sugieren que la selección y la influencia probablemente son procesos complementarios - Romero et al., 1995; Thornberry, Lizotte, Krohn, Farnworth y Jang, 1994 -: el individuo con actitudes antisociales selecciona amigos con características semejantes a las suyas; la implicación en el grupo probablemente consolida y refuerza las tendencias y conductas previas.

Perspectivas unificadoras: familia, escuela y amigos

Conscientes de que la familia, la escuela y los amigos no son compartimentos aislados en la experiencia de los individuos, muchos investigadores han propuesto modelos unificadores, en los que se perfilan las relaciones entre los distintos entornos psicosociales, y entre éstos y la conducta antisocial - Elliott, Huizinga y Ageton, 1985; Hawkins y Weis, 1985; Mirón, 1990.

La familia se concibe como una fuente primaria de influencia, que ejerce su efecto sobre las experiencias en la escuela y sobre el tipo de amigos con los que se implica el sujeto. Asimismo, las experiencias escolares influyen sobre la implicación con amigos antisociales; esta última será la influencia directa más intensa sobre la conducta antisocial.

Este esquema de relaciones ha recibido confirmación en múltiples trabajos - Elliott et al., 1985; Luengo, Otero, Carrillo y Romero, 1992 -. No obstante, en años recientes se ha indicado que es una representación incompleta de las relaciones entre factores psicosociales y delincuencia. Desde modelos de corte interaccionista, se viene enfatizando la influencia del individuo sobre sus entornos psicosociales - Thornberry, 1996 -. Esta idea, a la que ya hemos aludido al abordar las influencias del grupo de iguales, se aplica también a las variables familiares y escolares. La delincuencia no es el mero resultado final de un conjunto de influencias, sino que ella misma tiene efectos de vuelta, erosionando todavía más los vínculos con la familia, deteriorando el rendimiento escolar y fortaleciendo la implicación con amigos antisociales. A su vez, entre los propios factores psicosociales también se establecen efectos recíprocos: la implicación con amigos desviados, por ejemplo, contribuye a enrarecer el ambiente familiar y a menoscabar el rendimiento académico. Aunque todavía son escasos los estudios realizados desde esta perspectiva, ya hay evidencia que apoya la interacción recíproca entre la familia, los

amigos y la conducta antisocial - Romero, Luengo y Gómez-Fraguela, 2000; Thornberry, 1996 -. Se crean espirales de efectos que probablemente contribuyen a cronificar las conductas delictivas.

Determinantes individuales de la criminalidad

La personalidad: Variables



Son muchas las características de personalidad que se han estudiado como posibles predictores de la conducta criminal. En un afán de sistematizar un cuerpo de conocimiento muy complejo y heterogéneo, presentamos las principales líneas de trabajo

agrupadas en dos grandes categorías - Romero, 1996; Romero et al., 1999 -: por un lado, variables de personalidad a las que se le atribuye un sustrato psicobiológico, o temperamental, y, por otro, variables de carácter socio-cognitivo, que tradicionalmente se han vinculado más al aprendizaje y la socialización.

Perspectivas temperamentales

Personalidades desinhibidas: El complejo psicoticismo-impulsividad-búsqueda de sensaciones.

Uno de los modelos psicobiológicos de la personalidad más desarrollados, y con más implicaciones para muy diversos campos de la conducta social es el de Eysenck - Eysenck y Eysenck, 1976 -. Sus hipótesis sobre la relación entre la delincuencia y los tres grandes suprafactores: extraversión, neuroticismo y psicoticismo; son un clásico en la psicología

criminológica. De acuerdo con Eysenck - Eysenck y Gudjonsson, 1989 -, los delincuentes deberían puntuar alto en extraversión, puesto que la baja activación corticorreticular de los extravertidos dificulta el condicionamiento y, por tanto, el aprendizaje de las normas. El neuroticismo también podría interferir con el aprendizaje y, además, amplifica los hábitos conductuales adquiridos, por lo que la hipótesis es que los delincuentes también deberían puntuar alto en neuroticismo; los extravertidos neuróticos serían los sujetos con mayor tendencia antisocial. Finalmente, el psicoticismo, que fue la última de las dimensiones propuestas por Eysenck, con sus características de crueldad, hostilidad e insensibilidad, también debiera caracterizar a los individuos antisociales. Aunque han generado muy abundante investigación, los supuestos de Eysenck no se vieron totalmente confirmados. La extraversión ha dado lugar a datos muy contradictorios - recientemente se ha planteado que pudiera relacionarse básicamente con una delincuencia juvenil, grupal, de carácter leve; Romero, Luengo y Sobral -, y también contradictoria ha sido la evidencia sobre el neuroticismo. De las tres dimensiones de Eysenck, sólo el psicoticismo se ha visto consistentemente relacionado con la conducta antisocial, en diferentes tipos de poblaciones, y con diferentes diseños metodológicos - Furnham y Thompson, 1991; Romero et al., 1999 -.

La impulsividad es otra de las características personales más populares en la psicología de la conducta criminal, a pesar de las dificultades que entraña su conceptualización y su medida - Carrillo, 1993; Romero, Luengo, Carrillo y Otero, 1994 -. Teorías de muy diferente orientación han propuesto que las dificultades para reflexionar antes de actuar y/o para considerar las consecuencias futuras de la conducta ponen al individuo en riesgo de implicación delictiva - Gottfredson y Hirschi, 1990; Wilson y Herrnstein, 1985 -. Las investigaciones han mostrado que, efectivamente, los delincuentes puntúan alto en impulsividad, al menos cuando ésta se evalúa a través de cuestionarios tipo autoinforme. Éste es otro de los resultados más replicados en el área de la relación entre personalidad

y delincuencia; la impulsividad autoinformada no sólo correlaciona transversalmente con la delincuencia, sino que se ha mostrado como un predictor prospectivo de la progresión en conducta antisocial.

También la búsqueda de sensaciones, tal y como ha sido definida por Zuckerman - “la búsqueda de experiencias y sensaciones variadas, nuevas, complejas e intensas y la disposición a asumir riesgos físicos, sociales, legales y financieros a fin de lograr tales experiencias”; Zuckerman, 1994 - es un predictor fuerte de la conducta antisocial. La idea de que la delincuencia responde, en parte, a la búsqueda de emociones y de estimulaciones novedosas es, en sí misma, una idea muy difundida - Farley y Farley, 1972; Quay, 1965 -, que parece ser compartida por los propios delincuentes cuando éstos explican los porqués de su conducta - Agnew, 1990 -.

Se han propuesto que estas tres dimensiones, psicoticismo, impulsividad y búsqueda de sensaciones, que parecen ser los correlatos personales más intensos de la conducta delictiva, forman parte de un mismo estilo de personalidad desinhibida - Zuckerman, 1991, 1994 -, y componen una dimensión más amplia denominada **“Búsqueda de Sensaciones Impulsiva No Socializada”**. Inspirándose en el modelo de Gray, 1972, Zuckerman propone que los individuos altos en esta dimensión tienen fuertes motores de aproximación a los estímulos nuevos y gratificantes, y débiles frenos conductuales, i.e., se inhiben menos antes las señales de castigo y, por tanto, son menos disuadidos por las consecuencias negativas de la delincuencia.

Como ha señalado Raine, 1993, si la personalidad desinhibida descansa sobre un suelo psicobiológico, cabe esperar que la delincuencia muestre también algún tipo de relación con ese mismo sustrato. Si la psicobiología de la delincuencia demuestra que esos mismos correlatos genéticos, bioquímicos o psicofisiológicos se asocian con la conducta

criminal, obtendríamos otra vía de evidencia para la importancia de las variables temperamentales.

Psicobiología

La investigación sobre la psicobiología de la delincuencia es hoy un campo de enorme dinamismo, superados en buena parte los recelos de otras épocas - Romero et al., 1999; Wright y Miller, 1998 -. Por un lado, los estudios genético-conductuales, de gemelos y de adopción, han mostrado que la conducta criminal está sujeta, en alguna medida, a la heredabilidad biológica – según la versión de Carey y Goldman, 1997 -, si bien estos estudios también revelan la importancia de las influencias ambientales y la existencia de interacciones entre la genética y el ambiente - Cloninger, Sigvardsson, Bohman y Von Knorring, 1982 -.

En cualquier caso, y dado que no existen genes que codifiquen directamente la conducta delictiva, lo que es necesario aclarar es cuáles son los mediadores entre la influencia genética y la conducta. En este sentido, muchas líneas se han desarrollado sobre características neuroendocrinas, bioquímicas y psicofisiológicas asociadas a la criminalidad. Una corriente ya antigua relaciona a la conducta antisocial con altos niveles de andrógenos, si bien la influencia de los andrógenos parece más débil y compleja que lo que en un principio se había considerado; asimismo bajos niveles de cortisol se han visto relacionados con conductas antisociales en niños y en adultos - Virkkunen, 1985 -. También bajos niveles de MAO y de serotonina, y altos niveles de dopamina se han encontrado vinculados a la conducta criminal - Raine, 1993 -.

En el plano de la psicofisiología, la conducta criminal se ha relacionado con una baja activación del sistema nervioso autónomo, bajos niveles de conductancia dérmica, baja tasa cardíaca, lo que se ha interpretado como manifestaciones de un débil sistema de inhibición conductual. Asimismo, en los registros de potenciales evocados, se ha

encontrado evidencia del fenómeno de aumento en los individuos antisociales - Raine, 1989 -. Estas vías de trabajo deben seguir desarrollándose, dado que no faltan resultados contradictorios y dado que son varias las limitaciones que se les han atribuido - véase, operativizaciones muy heterogéneas de la conducta criminal, muestras institucionalizadas con características muy peculiares, indicadores muy indirectos de la actividad bioquímica cerebral, posibilidad de efectos recíprocos entre lo biológico y lo conductual; Rutter et al., 1998 -. No obstante, progresivamente se va acumulando un acervo de conocimientos coherente con la investigación sobre personalidad y delincuencia. Integrando datos, se ha sugerido que las características genéticas influirían sobre características biológicas asociadas a un fuerte sistema de aproximación y a un débil sistema de inhibición conductual; estas características darían lugar a una personalidad desinhibida y ésta, siempre en interacción con el entorno, actuaría como elemento de propensión a la conducta criminal.

Finalmente, éstas no son las únicas líneas de trabajo en la psicobiología de la delincuencia. Otras corrientes, por ejemplo, han observado relaciones entre la conducta antisocial y factores biológicos de origen ambiental, no genético, tales como accidentes y lesiones cerebrales, complicaciones perinatales, hipoglucemia, anomalías físicas menores, intoxicación por plomo, etc. Estos factores han sido menos investigados que los antes comentados, pero revelan que lo biológico y lo ambiental no deben ser contemplados como términos antagónicos; y se pone de manifiesto que muchos factores biológicos que afectan a la conducta antisocial y a otras disfunciones personales son claramente susceptibles de prevención a través de intervenciones ambientales.

El polo sociocognitivo

Al margen de las características temperamentales, muchos autores han buscado los correlatos sociocognitivos de la delincuencia; se trata de analizar los filtros de

conocimiento a través de los que el sujeto antisocial capta su mundo. Estas variables han despertado mucho interés entre los estudiosos con una orientación más aplicada, que han visto en ellas un objetivo primordial para los programas preventivos o terapéuticos.

Autococoncepto/autoestima.

Desde distintos puntos de vista teóricos se ha propuesto que una autoestima negativa actúa como factor de riesgo de la conducta antisocial - Cohen, 1955; Kaplan y Peck, 1992 -. Una visión muy difundida sostiene que la conducta criminal es una forma de compensar una autoestima deteriorada; a través del comportamiento antisocial el individuo busca demostrar una valía personal que no ha logrado interiorizar a través de la vida convencional. Recientemente, sin embargo, se ha propuesto una visión diferente. Baumeister, 1999, sostiene que lo que caracteriza a los antisociales no es una débil autoestima, sino más bien una autoestima hipertrofiada. Los individuos antisociales ostentan una visión inflada, narcisista, de sí mismos; la conducta antisocial se dispara cuando otros cuestionan esa imagen exageradamente positiva, de forma que el narcisismo se ve amenazado.

Los resultados son contradictorios entre autoestima y conducta antisocial, y los estudios adolecen de serias limitaciones. Hay quien plantea que es una relación especialmente difícil de apresar con los instrumentos evaluativos más utilizados, dado que el autorrechazo puede permanecer oculto como consecuencia de reacciones defensivas - Keith, 1984 -. El problema se complica si asumimos que la autoestima puede ser un constructo multidimensional, y que la autovaloración no es homogénea en diferentes parcelas vitales. Se ha encontrado que los sujetos antisociales realizan autovaloraciones negativas en ciertos ámbitos, en la familia, ámbito académico, pero, en cambio, presentan una elevada autoestima en el contexto de los amigos - Romero, Luengo y Otero, 1998 -.

Concepciones socio-morales: Los estadios de Kohlberg y el desenganche moral

Los planteamientos de Kohlberg sobre el desarrollo cognitivo-moral han tenido su aplicación en la explicación de la criminalidad. Desde este modelo se supone que el desarrollo moral se produce a través de una secuencia de etapas universales, que van dando lugar a un razonamiento progresivamente más complejo.



La conducta antisocial estaría asociada a las etapas inferiores del razonamiento moral. Pese a la popularidad de esta hipótesis, los datos no la han respaldado consistentemente - Blackburn, 1993; Romero et al, 1999 -. Los estudios que sí muestran relación entre las etapas de Kohlberg y la

conducta antisocial están limitados por los efectos de la institucionalización; cuando este efecto es controlado, la relación se atenúa y se hace insignificante - Emler, Heather y Winton, 1978 -. De acuerdo con algunos autores, los delincuentes son muy heterogéneos en sus niveles de razonamiento moral; un retraso en la maduración moral sería característico solo de ciertos subtipos, como los psicopáticos. En cualquier caso, hay que señalar que, en general, las etapas de Kohlberg, monolíticas, irreversibles y universales, han sido acusadas de excesiva rigidez y de menoscabar los aspectos afectivos implicados en las decisiones morales, un aspecto sobre el que volveremos en un próximo apartado, al discutir el papel de la empatía.

Una perspectiva diferente sobre la regulación moral del comportamiento es la propuesta por Bandura - Bandura, Caprara, Barbaranelli y Pastorelli, 2001 -. En términos breves, se intenta especificar de qué modos las personas pueden violar las normas morales asumidas y realizar conductas antisociales sin que esto cause autosanciones o malestar



en el individuo. Este es el proceso de desvinculación o desenganche moral, que Bandura describe apelando a mecanismos como la difusión de la responsabilidad, la comparación con otros actos más brutales, la minimización de las consecuencias o la atribución de culpa a la víctima. Esta propuesta se enmarca dentro de un modelo más complejo sobre la autorregulación humana, que

proporciona una visión más matizada y procesual de la conducta moral y que ya ha empezado a dar sus frutos en el campo de la conducta antisocial. Se ha mostrado que el desenganche moral promueve la aparición de cogniciones hostiles y rebaja los sentimientos de culpabilidad, favoreciendo la implicación antisocial - Bandura, Barbaranelli, Caprara y Pastorelli, 1996; Bandura et al., 2001 -.

Habilidades interpersonales y empatía

Algunos autores han relacionado a la criminalidad con deficitarias habilidades para resolver problemas interpersonales y con deficitarias habilidades conductuales en la interacción social - Sarason, 1968 -. Las investigaciones realizadas proporcionan

resultados un tanto inconsistentes, debido en gran parte a la disparidad conceptual y metodológica que afecta al área de las habilidades interpersonales - Pelechano, 1996 -.

Otro de los problemas es que muchos estudios se han realizado con delincuentes detectados e institucionalizados, lo cual, una vez más, no permite descartar un efecto de aprehensión diferencial - los delincuentes menos habilidosos son los que llegan a ser institucionalizados - ni permite descartar que sea el internamiento el que deteriore esas habilidades. Actualmente, la conclusión más aceptada es que los delincuentes son un grupo heterogéneo en su competencia social - Veneziano y Veneziano, 1988 - y que, aunque no todos, muchos podrán beneficiarse de los programas de entrenamiento en habilidades interpersonales; ésta es una modalidad de intervención ampliamente desarrollada, que ha generado interesantes resultados -Beleña, 1992, Ross y Ross, 1995 -

Dentro de las habilidades interpersonales, la empatía merece una mención especial, por haber dado lugar, en sí misma, a una rica tradición de investigación. De nuevo nos encontramos con un concepto multívoco, al que se han atribuido componentes cognitivos y afectivos. Esta distinción es muy relevante, dado que se ha visto que los delincuentes no necesariamente puntúan bajo en empatía cognitiva - Pelechano, 2000 -, pero sí en empatía afectiva - Mirón, 1990; Romero, 1996 -. La reacción emocional ante el sufrimiento de los demás parece vital en la determinación de la conducta prosocial o antisocial. Conocer los sentimientos de otras personas no necesariamente inhibe de hacerles daño si a ese conocimiento le falta profundidad afectiva; como señalan Gordon y Arbuthnot, 1987, una alta empatía cognitiva puede incluso facilitar la acción criminal si el sujeto no se ve contagiado por el malestar de sus víctimas.

Valores

Diversos modelos sociológicos han teorizado sobre la relación entre valores y conducta criminal. Para las llamadas teorías de la subcultura, la delincuencia es el resultado de sistemas de valores específicos - dureza, excitación, conflicto - que se sitúan en las clases bajas y que acaban estimulando o legitimando la conducta antisocial. Para los teóricos del control social, sin embargo, las diferencias entre delincuentes y no delincuentes vienen dadas no por valores que estimulen la delincuencia, sino por la ausencia de valores convencionales que aíslen al sujeto del delito. Por otra parte, para las teorías de la anomia la delincuencia es el resultado de la disparidad entre metas y medios; los delincuentes asumen, en principio, iguales valores que los individuos convencionales, como el éxito, el poder y dinero; su conducta antisocial proviene de la incapacidad para conseguir esas metas por vías socialmente aceptadas.

En realidad, los estudios sobre valores y delincuencia muestran que sí existen diferencias entre los valores de delincuentes y no delincuentes. Tanto los estudios de grupos conocidos como los estudios sobre delincuencia autoinformada obtienen un mismo tipo de resultados: la conducta antisocial correlaciona positivamente con valores hedonistas, que implican un bienestar personal inmediato, ya sea placer, tiempo libre, sexo, y correlaciona negativamente con valores de trascendencia social - justicia, democracia - y con valores comúnmente transmitidos en la socialización convencional como la familia y el trabajo-. Estos resultados son congruentes con los trabajos sobre la impulsividad y la búsqueda de sensaciones, que nos describen a un delincuente con un corto horizonte temporal, volcado en su presente e interesado por buscar experiencias estimulantes y placenteras. De hecho, se ha propuesto que los valores podrían ser mediadores a través de los cuales las variables temperamentales ejercen sus efectos.

Modelos sobre la agresión: Dodge

Muchos autores han enfocado su trabajo hacia los mecanismos cognitivos que subyacen a un tipo particular de comportamiento antisocial: la conducta agresiva - Bandura, 1973; Berkowitz, 1963 -. En los últimos años, investigadores formados dentro de la corriente del procesamiento de información integran esos mecanismos en modelos amplios, y especifican toda la secuencia de acciones mentales que discurren entre una situación social y una conducta agresiva. Uno de estos modelos, que está ejerciendo gran influencia en este campo, es el de Dodge, 1993. Este autor propone que, entre una situación social y la conducta agresiva median cinco etapas de procesamiento:

- 1) Codificación de los estímulos sociales; entre todo el flujo de información el individuo selecciona ciertas claves situacionales que considera de particular importancia.
- 2) Interpretación de las claves sociales: el individuo asigna significado a la información seleccionada.
- 3) Generación de posibles respuestas ante la situación.
- 4) Evaluación de esas respuestas y toma de decisiones.
- 5) Realización de la respuesta elegida.

En cada una de esas etapas se pueden producir sesgos que van conduciendo a la conducta agresiva. Así, en la primera fase, se ha encontrado que los niños agresivos atienden a un menor número de claves situacionales que los no agresivos, y su atención se dirige hacia los estímulos que indican hostilidad y amenaza. En la segunda fase, ha sido muy estudiado el llamado sesgo de atribuciones hostiles: interpretar como signos de provocación estímulos que son, en realidad, neutros. En la tercera fase, se ha comprobado que los agresivos generan un menor número de respuestas posibles ante situaciones problemáticas, y, entre esas respuestas, tienden a centrar su atención en

opciones desadaptativas. En la fase de decisión, se sabe que los niños agresivos evalúan más favorablemente las respuestas agresivas; perciben que la agresión les reporta beneficios, tales como sentimientos positivos o la aprobación del grupo; tienen expectativas positivas sobre su capacidad para agredir, y expectativas negativas sobre su capacidad para emitir respuestas no violentas. Finalmente, en cuanto a la fase de realización, se ha comprobado que los niños agresivos muestran habilidades deficitarias en su conducta verbal y motora a la hora de establecer relaciones sociales, lo cual también alimenta el despliegue de alternativas violentas.



Dodge plantea que estos patrones agresivos de procesamiento se ven afectados tanto por las disposiciones temperamentales como por las experiencias ambientales. La impulsividad, por ejemplo, puede conducir a que se generen menos alternativas de

respuesta y a una deficiente evaluación de éstas. Los déficits atencionales afectarían a la primera etapa de procesamiento, dificultando la codificación de todos los elementos relevantes. En cuanto a las experiencias ambientales, ciertos datos sugieren que el maltrato infantil genera esquemas del mundo como un lugar hostil, de forma que el niño se vuelve hipervigilante ante las claves hostiles, interpreta como hostiles situaciones ambiguas y genera con facilidad respuestas agresivas - Dodge, Bates y Pettit, 1990 -.

El modelo recoge resultados cosechados en distintos terrenos de trabajo y los aúna en un armazón que contempla tanto las influencias biológicas como las ambientales y que desgrana las operaciones cognitivas precedentes a la agresión. Sus implicaciones sobre

la intervención es evidente: de acuerdo con el modelo, los programas deben ir encaminados a neutralizar los sesgos de las distintas fases del procesamiento.

Criminalidad e Inteligencia

Varios de los factores mentados pudieran ser integrados dentro del campo de la inteligencia social. También debemos hacer referencia a la inteligencia psicométrica más abstracta, tal y como se operativiza en los test que evalúan el llamado cociente intelectual. Muchos trabajos fueron mostrando que, como promedio, los delincuentes puntuaban más bajo que los no delincuentes en los test de inteligencia - Wilson y Herrnstein, 1985 -. Muchas voces escépticas se preguntaron si ésta no sería, en realidad, una asociación espúrea. Por ejemplo, una baja clase social podría ser la responsable de la conducta antisocial y también del bajo desarrollo intelectual - así, los sujetos de clases bajas recibirían menos estimulación y menos oportunidades de enriquecimiento cognitivo-; otros plantearon que, puesto que los estudios comparaban delincuentes institucionalizados y sujetos de la población general, una baja inteligencia podría asociarse con el riesgo de ser detectado, y no propiamente con la conducta criminal. No obstante, estas alternativas no han recibido apoyo - Lynam, Moffitt y Stouthamer-Loeber, 1993 -: la relación persiste aun controlando la clase social y, si se comparan delincuentes detectados y delincuentes no detectados, ambos grupos tienen CI´s igualmente bajos - Moffitt y Silva, 1988 -. Otros trabajos van más allá de las medidas de inteligencia, e intentan especificar en qué aspectos del funcionamiento cognitivo los delincuentes rinden peor. En este sentido, los estudios con las escalas de Wechsler constatan que, en los delincuentes, es el CI verbal - y no el CI manipulativo - el que tiende a ser bajo; la discrepancia entre el CI verbal y el CI manipulativo parece ser mayor en los delincuentes reincidentes y en los psicopáticos - véase Blackburn, 1993 -; tales datos sugieren que un procesamiento lingüístico deficiente pudiera ser un correlato importante de la conducta

criminal y han llevado a plantear que ésta pudiera asociarse a algún tipo de disfunción en el hemisferio izquierdo.

No se ha determinado con claridad cuáles son los mecanismos que explican la relación entre la inteligencia y la criminalidad. Son muchas las hipótesis planteadas. Por ejemplo, se ha propuesto que el flujo causal podría discurrir desde la delincuencia al CI. Un estilo de vida violento pudiera acarrear lesiones en la cabeza que deterioran las habilidades intelectuales; asimismo, el consumo de drogas pudiera tener efectos nocivos en el funcionamiento cognitivo. Otros planteamientos proponen que las diferencias en los CI pudieran deberse a la falta de motivación de los delincuentes a la hora de realizar las pruebas. Estas hipótesis también han sido refutadas en diversas investigaciones. Se ha visto que la relación negativa entre el CI y la conducta antisocial existe en etapas muy tempranas de la vida, antes de que el estilo de vida delictivo pudiese ejercer efecto; además, incluso controlando la motivación y el esfuerzo en la prueba, la relación persiste.

Actualmente, se admite que la dirección causal probablemente discurre de la inteligencia a la criminalidad, aunque no hay acuerdo sobre los procesos responsables de esa influencia. El efecto pudiera ser directo; un bajo CI puede ser indicador de bajas habilidades de planificación y autocontrol; estos déficits implicarían un riesgo directo de conducta antisocial. No obstante, el efecto puede ser indirecto, a través del fracaso escolar; un bajo CI predispone a un bajo rendimiento en la escuela; éste sería el responsable de que el sujeto se desvincule de los ambientes convencionales y acabe implicado en la delincuencia.

Por otra parte, se ha encontrado que un bajo CI puede ser característico sólo de algunos tipos de delincuentes, particularmente de aquellos con un comienzo temprano y con disfunciones psicosociales más severas. Estos resultados reciben especial atención en los últimos años y son incorporados específicamente por el modelo de Moffitt, 1993.

El modelo de Moffitt

En la década de los 90 irrumpe en el panorama teórico de la criminología una serie de modelos teóricos que comparten características comunes y que ofrecen esquemas más complejos y dinámicos que las perspectivas tradicionales - Romero, 1998 -. Los modernos modelos asumen una visión transaccional entre el individuo y su ambiente; como señalamos más arriba, la delincuencia no es un mero efecto de un conjunto de factores, sino que ella misma forma parte de una cadena de procesos que la realimentan. Además, estos modelos adoptan una visión “evolutiva” de la delincuencia: se trata de explicar cómo aparece y cómo se desarrolla desde los primeros años de vida, identificando sus antecedentes más tempranos.

Un ejemplo representativo de esta orientación es el modelo de **Moffitt**, que hoy es reconocido como un marco de gran interés para aglutinar datos y orientar la investigación.

El modelo asume que existen dos grandes tipos de delincuentes, que presentan trayectorias diferentes y que responden a etiologías y pronósticos también distintos:

- Los delincuentes **persistentes**.
- Los delincuentes **temporales**.

La **delincuencia persistente** tiene sus orígenes en los años preescolares, y en su etiología se engarzan factores personales y sociales, en una espiral de efectos acumulativos. Concretamente, el ciclo comienza en la intersección entre un niño con temperamento difícil: impulsividad, déficit de autocontrol, desinhibición, irritabilidad; y un ambiente familiar adverso. El temperamento difícil es el resultado de pequeñas alteraciones neuropsicológicas, las cuales, a su vez, pueden resultar de complicaciones prenatales y perinatales o de factores genéticos. La crianza de estos niños exige buenas dosis de paciencia y de consistencia por parte de los padres. Cuando éstos, por diferentes razones,

no ponen en práctica las técnicas educativas adecuadas, se crea un escenario de interacciones recíprocas entre un niño vulnerable y un ambiente adverso. Las conductas del niño evocan ira y malestar en los padres, aparecerán prácticas disciplinarias inapropiadas y se exacerbará el comportamiento problemático del sujeto. En estos primeros años es cuando se produce el primer fracaso en el aprendizaje de las normas. A partir de ahí, se produce una cascada de eventos que acaban cronificando las conductas disruptivas. El niño accede al colegio mal equipado para asumir normas y aparece el fracaso escolar, de forma que la conducta antisocial se agudiza. Ésta, a su vez, dará lugar al rechazo por parte de iguales convencionales y la implicación en grupos de amigos desviados, lo cual también contribuye a agravar el problema. En la adolescencia, la conducta entrará en conflicto con las normas legales y esto puede dar lugar a la institucionalización; además el sujeto está en una posición desfavorable para incorporarse al mundo del trabajo, quizás se haya implicado en consumo de drogas... Cada vez se van restringiendo más las oportunidades para un funcionamiento socialmente adaptado, de forma que la conducta antisocial se hace persistente y difícil de tratar.

En contraposición a esta trayectoria, la conducta antisocial **temporal** aparece en la adolescencia, en individuos sin disfunciones cognitivas, personales o sociales previas. Es una respuesta al lapso madurativo de la adolescencia: el joven tiene madurez biológica pero todavía no goza de los privilegios de los roles adultos; buscará vías por las que expresar su autonomía. Los delincuentes persistentes pueden aparecer como un grupo de referencia que ha logrado ciertas conquistas, como independencia respecto de la familia, experiencia sexual etc., por lo que los adolescentes pueden imitar las conductas de esos jóvenes delincuentes más expertos. No obstante, se trata de una actividad antisocial transitoria, que desaparece si se adquieren roles adultos, y que no presenta

secuelas en el desarrollo del individuo, dado que éste cuenta con suficientes recursos personales y vínculos convencionales para implicarse en un estilo de vida saludable.



El modelo de Moffitt proporciona tejido teórico a la distinción del DSM-IV entre trastornos de conducta de inicio infantil y de inicio adolescente, e integra muy distintos factores en un armazón dinámico e interactivo. Su taxonomía insta a estudiar por

separado los dos tipos de conducta antisocial; muchas de las variables individuales y psicosociales que se han asociado a la conducta criminal podrían ser específicas del subtipo persistente. Esto ayudaría a entender muchos datos contradictorios que, como hemos visto, aparecen cuando se estudia globalmente a los delincuentes, en especial cuando estos estudios se realizan sobre poblaciones adolescentes.

Los psicópatas se han mostrado como una categoría de delincuentes especialmente resistente al tratamiento - Losel, 1998 -. Aunque, con frecuencia, los estudios sobre evaluación de programas presentan debilidades metodológicas, la evidencia sugiere que los tratamientos tienen escaso éxito con los delincuentes psicopáticos; algunos estudios sobre comunidades terapéuticas han mostrado incluso que el tratamiento puede tener efectos negativos en los psicópatas - Rice, Harris y Cormier, 1992- .

Una de las constantes en la investigación es la controversia a la hora de definirla y operativizarla - Aluja, 1989; Luengo y Carrillo, 1995 -. El concepto tiene sus orígenes en la primera mitad del siglo XIX, cuando desde la psiquiatría se describe un patrón de conducta violenta que no se asociaba a ideas delirantes ni a otros síntomas que se

consideraban característicos de los trastornos mentales. A partir de aquí se desarrollan dos tradiciones conceptuales en el análisis de la psicopatía. Por un lado, una aproximación basada en la personalidad – en Lilienfeld, 1994 -, que emana de la práctica clínica y que contempla a la psicopatía como una constelación de rasgos de carácter afectivo e interpersonal.

En esta tradición, el autor más influyente ha sido Cleckley, 1941, quien delinea un conjunto de 16 criterios para el diagnóstico de la psicopatía; entre ellos se encuentran, por ejemplo, el egocentrismo, encanto superficial, falta de remordimientos, pobreza emocional e insensibilidad en las relaciones interpersonales. Dentro de estos conceptos, se realiza una distinción clara entre psicopatía y conducta antisocial crónica: ni todos los delincuentes crónicos son psicópatas, ni todos los psicópatas tienen un historial delictivo.

Sin embargo, desde la otra gran tradición, la aproximación “basada en la conducta”, los criterios conductuales priman sobre los personales a la hora de identificar al psicópata. Se argumenta que los criterios de personalidad requieren un nivel de inferencia demasiado elevado y, por ello, difícilmente los clínicos pueden realizar una evaluación fiable. Así pues, se opta por criterios conductuales más duros y públicamente observables. Esta es la opción por la que se han decantado las últimas versiones del DSM. A diferencia del DSM II, que sí daba prioridad a las características personales en la categoría diagnóstica equivalente a la psicopatía, en el DSM III el llamado trastorno antisocial de la personalidad queda definido por indicadores de conducta antisocial continuada.

Pese a las polémicas, en los últimos años ha ido ganando aceptación una forma de evaluar y de conceptualizar la psicopatía en la que confluyen tanto los aspectos personales como los conductuales: la aproximación de Hare. El PCL-R, instrumento

desarrollado por este autor, es una escala de calificación diseñada para la identificación de psicópatas en poblaciones forenses o psiquiátricas. El evaluador basa sus calificaciones en una entrevista semiestructurada y en la revisión de los datos de archivo disponibles sobre el sujeto. Diversas investigaciones han encontrado que la psicopatía, tal y como es evaluada por el PCL-R, consta de dos factores - véase, por ejemplo, Moltó, Poy y Torrubia, 2000 -:

- El Factor 1 recoge las características afectivas e interpersonales: encanto superficial, ausencia de remordimientos, manipulación.
- El Factor 2 recoge los aspectos más conductuales, referidos a conductas desviadas y a un estilo de vida inestable y antisocial.

Años recientes, estudios realizados desde la Teoría de Respuesta al Ítem - TRI -, encuentran que los ítems del Factor 1 son los más discriminativos y los que proporcionan más información sobre el constructo - Cooke y Michie, 1997 -. Además, nuevos análisis, utilizando técnicas confirmatorias, sugieren que pueden ser tres factores, y no dos, los que representen la estructura de la psicopatía; concretamente, el Factor 1 se secciona en dos: uno de ellos captaría los aspectos afectivos y otro captaría los elementos interpersonales.

Si la conceptualización de la psicopatía ha generado abundante debate, también la búsqueda de causas ha dado lugar a posturas muy diversas. Actualmente existen numerosos frentes abiertos, aunque se carece de un conocimiento completo e integrado de los mecanismos que explican la psicopatía. Las dificultades conceptuales y metodológicas han dificultado, en parte, estas investigaciones; puesto que las formas de entender y de evaluar la psicopatía han sido muy diversas, muchas veces no ha quedado claro si los resultados tienen que ver propiamente con la psicopatía o, simplemente con la criminalidad.

Algunas corrientes de estudio subrayan la hiporreactividad de los psicópatas ante estímulos que, en sujetos normales, evocan miedo -Lykken, 1957-. Otros autores han mostrado que los psicópatas no modulan sus respuestas de acuerdo con las contingencias ambientales; en tareas de laboratorio se ha visto que, cuando una respuesta ha sido recompensada, los psicópatas perseveran en ella, a pesar de que el contexto haya cambiado y ahora la respuesta sea castigada - Newman, Patterson y Kosson, 1987 -. Por otra parte, interesantes líneas de trabajo muestran que los psicópatas presentan un deficiente procesamiento de los estímulos con contenido emocional - Williamson, Harpur y Hare, 1991 -; esto se aprecia, por ejemplo, en tareas de decisión léxica - el sujeto debe decidir, lo más rápidamente posible, si un grupo de letras forman una palabra -; los psicópatas no reaccionan más rápido ante palabras neutras que ante palabras emocionales; estos resultados contrastan con los sujetos no psicopáticos - ante palabras emocionales las respuestas son más rápidas y con un patrón de potenciales evocados que indican una atención elevada y un procesamiento más intenso -. El pensamiento y el lenguaje de los psicópatas parece estar despojado del color emocional tan necesario para la inhibición y la dirección del comportamiento. Se deben destacar, además, las líneas de investigación neuropsicológica, que encuentran déficit en las funciones ejecutivas asociadas a la planificación y control de la conducta; recientemente, se han desarrollado estudios de neuroimagen, que estudian de forma más directa la actividad de diferentes zonas cerebrales, y que encuentran evidencia de disfunciones en áreas prefrontales - Raine, 2000 -. Otras perspectivas interpretan la psicopatía en clave sociobiológica -(Mealey, 1995 -; los psicópatas serían portadores de una estrategia particular de supervivencia y de reproducción, basada en el engaño, el oportunismo y la depredación.

A este amplio espectro de perspectivas biológicas y neurocognitivas, debemos sumar las hipótesis psicosociales. Autores han insistido en el ambiente familiar temprano como una

fuente de riesgos para el desarrollo psicopático: la negligencia por parte de los padres, el rechazo y el castigo físico podrían insensibilizar ante el dolor e impedir el desarrollo de la empatía - McCord, 2000 -. No obstante, el peso de las variables familiares todavía es un asunto no resuelto. Algunos estudios encuentran que los factores familiares son menos determinantes en los psicópatas que en los delincuentes no psicopáticos - DeVita, Hare y Forth, 1990 -. Además, aun en los estudios que constatan una relación entre las conductas abusivas/negligentes de los padres y la psicopatía, no se ha descartado la posibilidad de que la relación sea espúrea, producto de tendencias genéticas compartidas por padres e hijos.

Finalmente, otra de las líneas de estudio más actuales es la identificación temprana de niños y jóvenes en riesgo de desarrollar psicopatía. Dadas las dificultades para tratar a los psicópatas, se piensa que la intervención en etapas tempranas de la vida podría ayudar a prevenir las graves consecuencias del trastorno. En los últimos años, se han hecho intentos por comprobar si se pueden detectar signos de **psicopatía incipiente** - Lynam, 1997 -. Supuestamente, los orígenes de la psicopatía deben encontrarse en los niños con trastornos de conducta de inicio temprano. No obstante, atendiendo a las tasas de prevalencia, esta categoría parece demasiado amplia como predictora de psicopatía adulta, por lo que es necesario especificar qué subgrupo de niños, concretamente, tienen riesgo de trastorno psicopático. Por una parte, se ha propuesto que la concurrencia entre hiperactividad y trastorno de conducta temprano podría ser el antecedente de la psicopatía adulta. Sin embargo, otras posturas sostienen que ese subgrupo todavía es demasiado amplio y, además, no recoge las características más centrales de la psicopatía. Quizás la conjunción entre hiperactividad y trastorno de conducta sea un antecedente del trastorno antisocial de la personalidad; de hecho, el perfil del niño hiperactivo y antisocial parece asemejarse al estilo impulsivo de los adultos con trastorno antisocial; pero no necesariamente presenta la dureza e insensibilidad que definen el

concepto clásico de psicopatía. Algunos trabajos han mostrado que, dentro de los niños hiperactivos y con trastorno de conducta, se puede identificar a un grupo reducido de niños que sí muestran características afectivas e interpersonales semejantes a los psicópatas adultos - Frick, O'Brien, Wooton y McBurnett, 1994 -. Se considera que esta identificación temprana puede ayudar a intervenir a tiempo, antes de que los efectos bola de nieve imposibiliten la rehabilitación.

Bibliografía

- Aluja, A. (1989). Psicopatía versus trastorno antisocial de la personalidad: Estudio comparativo. **Revista de Psicología Universitas Tarraconensis**, **XI**, 6-27.
- Andrews, D.A. y Bonta, J. (1994). **The psychology of criminal conduct**. Cincinnati, OH: Anderson Publishing.
- Bandura, A. (1973). **Aggression: A social learning analysis**. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Bandura, A. (1999). Social cognitive theory of personality. En L.A. Pervin y O.P. John (Eds.), **Handbook of personality. Theory and research** (2ª Ed., pp. 154-196). Nueva York: Guilford.
- Bartol, C.R. (1999). **Criminal behavior. A psychosocial approach** (5ª Ed). Londres: Prentice-Hall.
- Baumeister, R.F. (1997). **Evil. Inside human violence and cruelty**. Nueva York: Freeman.
- Beane, J.A. y Lipka, R.P. (1980). Self-concept and self-esteem: A constructo differentiation. **Child Study Journal**, **10**, 1-6.
- Beleña, M.A. (1992). **Personalidad y habilidades interpersonales en la delincuencia femenina adulta: Evaluación y tratamiento**. Tesis doctoral. Universidad de Valencia.
- Berkowitz, L. (1963). **Aggression: A social learning analysis**. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Breiling y J.D. Maser (Eds.), **Handbook of antisocial behavior** (pp. 314-323). Nueva York: Wiley.

- Carey, G. y Goldman, D. (1997). The genetics of antisocial behavior. En D.M. Stoff, J. Breiling y J.D.
- Maser (Eds.), **Handbook of antisocial behavior** (pp. 243-253). Nueva York: Wiley.
- Carrillo, M.T. (1993). **Un análisis del concepto de impulsividad y de sus implicaciones para la comprensión de la conducta antisocial de los adolescentes**. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela
- Cernkovich, S.A. y Giordano, P.C. (1987). Family relationships and delinquency. **Criminology**, **25**, 295-321.
- Clarke, R.V.G. (1980). "Situational" crime prevention: Theory and practice. **British Journal of Criminology**, **20**, 136-147.
- Cohen, A.K. (1955). **Delinquent boys**. Nueva York: Free Press.
- Cooke, D.J. y Michie, C. (1997). An item response theory analysis of the Hare Psychopathy Checklist. **Psychological Assessment**, **9**, 3-13.
- Cooke, D.J. y Michie, C. (1999). **A hierarchical model of psychopathy: Replication and implications for measurement**. Ponencia presentada en The First Joint Conference of the American Psychology-Law Society and the European Association of Psychology and Law. Dublín, Irlanda.
- DeVita, E., Forth, A.E. y Hare, R.D. (1990). Family background of male criminal psychopaths. **Canadian Psychology**, **31**, 346.
- Dodge, K.A. (1993). Social-cognitive mechanisms in the development of conduct disorder and depression. **Annual Review of Psychology**, **44**, 559-584.
- Dodge, K.A., Bates, J.E. y Pettit, G.S. (1990). Mechanisms in the cycle of violence. **Science**, **250**, 1678-1683.

- Elliott, D.S., Huizinga, D., y Ageton, S.S. (1985). **Explaining delinquency and drug use**. Beverly Hills, CA: Sage.
- Eysenck, H.J. (1964). **Crime and personality**. London: Routledge & Kegan Paul. (Traducción española: Delincuencia y personalidad. Madrid: Marova, 1970)
- Eysenck, H.J. y Gudjonsson, G.H. (1989). **The causes and cures of criminality**. Nueva York: Plenum.
- Farley, F.H. y Farley, S.V. (1972). Stimulus-seeking motivation and delinquent behavior among institutionalized delinquent girls. **Journal of Consulting and Clinical Psychology, 39**, 9-97.
- Frick, P.J., O'Brien, B.S., Wootton, J.M. y McBurnett, K. (1994). Psychopathy and conduct problems in children. **Journal of Abnormal Psychology, 103**, 700-707.
- Furnham, A. y Thompson, J. (1991). Personality and self-reported delinquency. **Personality and Individual Differences, 12**, 585-593.
- Garrido, V. (1987). **Delincuencia juvenil. Orígenes, prevención y tratamiento**. Madrid: Alhambra.
- Gottfredson, M.R. y Hirschi, T. (1990). **A general theory of crime**. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Gorenstein, E.E. (1982). Frontal lobe functions in psychopaths. **Journal of Abnormal Psychology, 91**, 368-379.
- Gordon, D.A. y Arbuthnot, J. (1987). Individual, group, and family interventions. En H.C. Quay (Ed.), **Handbook of juvenile delinquency** (pp. 365-397). Nueva York: Wiley.

- Gray, J.A. (1972). The psychophysiological nature of introversion-extraversion: A modification of Eysenck's theory. En V.D. Nebylitsyn y J.A. Gray (Eds.), **Biological bases of individual behavior** (pp. 25-65). San Diego, CA: Academic Press.
- Hagan, J. (1975). The social and legal construction of criminal justice: A study of the pre-sentencing process. **Social Problems**, **22**, 620-637.
- Hare, R.D. (1998). Psychopaths and their nature: Implications for the mental health and criminal justice systems. En T. Millon, E. Simonsen, M. Birket-Smith, R.D. Davis (Eds.), **Psychopathy. Antisocial, criminal, and violent behavior** (pp. 188-214). Nueva York: Guildord.
- Hare, R.D., Hart, S.D. y Harpur, T.J. (1991). Psychopathy and the DSM-IV criteria for antisocial personality disorder. **Journal of Abnormal Psychology**, **100**, 391-398.
- Hart, S.D. y Hare, R.D. (1997). Psychopathy: Assessment and association with criminal conduct. En D.M. Stoff, J. Breiling y J.D. Maser (Eds.), **Handbook of antisocial behavior** (pp. 22-35). Nueva York: Wiley.
- Hawkins, J.D. y Weis, J.G. (1985). The social development model: An integrated approach to delinquency prevention. **Journal of Primary Prevention**, **6**, 73-97.
- Hirschi, T. y Gottfredson, M.R. (1988). Towards a general theory of crime. En W. Buikhuisen y S.A. Mednick (Eds.), **Explaining criminal behaviour. Interdisciplinary approaches** (pp. 88-97). Nueva York: Brill.
- Kaplan, H.B. y Peck, B.M. (1992). Self-rejection, coping style, and mode of deviant response. **Social Science Quarterly**, **73**, 909-919.
- Kazdin, A.E. y Buela-Casal, G. (1994). **Conducta antisocial. Evaluación, tratamiento y prevención en la infancia y adolescencia**. Madrid: Pirámide.

- Loeber, R., Farrington, D.P., Stouthamer-Loeber, M. y Van Kammen, W.B. (1988). **Antisocial behavior and mental health problems: Explanatory factors in childhood and adolescence.** Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1986). Family factors as correlates and predictors of juvenile conduct problems and delinquency. En N. Morris y M. Tonry (Eds.), **Crime and Justice** (Vol. 7, pp. 132-165). Chicago: University of Chicago Press.
- Luengo, M.A. (1982). **Sistema de valores, personalidad y delincuencia juvenil.** Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- Luengo, M.A. y Carrillo, M.T. (1995). La psicopatía. En A. Belloch, B. Sandín y F. Ramos (Eds.), **Manual de psicopatología** (pp. 615-647). Madrid: McGraw-Hill.
- Luengo, M.A., Carrillo, M.T., Otero, J.M. y Romero, E. (1994). A short-term longitudinal study of impulsivity and antisocial behavior. **Journal of Personality and Social Psychology, 66,** 542-548.
- Luengo, M.A., Otero, J.M., Carrillo, M.T. y Romero, E. (1992). **Towards an explanation of juvenile delinquency: An evaluation of Elliott's model.** Comunicación presentada en el 44th Annual Meeting of the American Society of Criminology, Nueva Orleans.
- Lykken, D.T. (1957). A study of anxiety in the sociopathic personality. **Journal of Abnormal and Social Psychology, 55,** 6-10.
- Lynam, D.R. (1997). Pursuing the psychopath: Capturing the fledgling psychopath in a nomological net. **Journal of Abnormal Psychology, 106,** 425-438.

- Mirón, L. (1990). **Familia, grupo de iguales y empatía: Hacia un modelo explicativo de la delincuencia juvenil.** Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- Moffitt, T.E. (1993). Adolescence-limited and life-course-persistent antisocial behavior: A developmental taxonomy. **Psychological Bulletin**, **100**, 674-701.
- Moltó, J., Poy, R. y Torrubia, R. (2000). Standardization of the Hare Psychopathy Checklist-Revised in a Spanish prison sample. **Journal of Personality Disorders**, **14**, 84-96.
- Newman, J.P., Patterson, C.M. y Kosson, D.S. (1987). Response perseveration in psychopaths. **Journal of Abnormal Psychology**, **96**, 145-148.
- Ortet, G., Pérez, J., Pla, S. y Simó, S. (1988). Factores de personalidad y conducta antinormativa en adolescentes. **Revista de Psicología General y Aplicada**, **14**, 419-429.
- Patterson, G.R., Reid, J.B. y Dishion, T.J. (1992). **Antisocial boys: A social interactional approach.**
- Pelechano, V. (Dir.) (1996). **Habilidades interpersonales. Teoría mínima y programas de intervención.** Valencia: Promolibro.
- Pelechano, V. (2000). **Psicología sistemática de la personalidad.** Barcelona: Ariel.
- Plomin, R. (1994). **Genetics and experience: The interplay between nature and nurture.** Thousand Oaks, CA: Sage.
- Quay, H.C. (1965). Psychopathic personality as pathological stimulation seeking. **American Journal of Psychiatry**, **122**, 180-183.

- Raine, A. (2000). Psicopatía, violencia y neuroimagen. En A. Raine y J. Sanmartín (Eds.), **Violencia y psicopatía** (pp. 59-87). Barcelona: Ariel.
- Romero, E. (1996). **La predicción de la conducta antisocial: Un análisis de las variables de personalidad**. Tesis doctoral. Universidad de Santiago de Compostela.
- Romero, E. (1998). Teorías sobre delincuencia en los 90. **Anuario de Psicología Jurídica**, 31-59.
- Romero, E., Luengo, M.A., Carrillo, M.T. y Otero, J.M. (1994). The Act Frequency Approach to the study of impulsivity. **European Journal of Personality**, 8, 119-133.
- Romero, E., Luengo, M.A. y Gómez-Fraguela, J.A. (2000). Factores psicosociales y delincuencia: Un estudio de efectos recíprocos. **Escritos de Psicología**, 4, 78-91.
- Romero, E., Luengo, M.A. y Otero, J.M. (1995). Grupo de iguales y delincuencia juvenil: Un análisis de las variables afectivas y conductuales. En E. Garrido y C. Herrero (Eds.), **Psicología jurídica, política y ambiental** (pp. 193-216). Madrid: Eudema.
- Romero, E., Sobral, J. y Luengo, M.A. (1999). **Personalidad y delincuencia. Entre la biología y la sociedad**. Granada: Grupo Editorial Universitario.
- Silva, F., Martorell, M.c. y Clemente, A. (1987). El cuestionario I.6 (Junior): Adaptación española. **Evaluación Psicológica/Psychological Assessment**, 3, 55-78.
- Sobral, J., Romero, E., Luengo, M.A. y Marzoa, J.A. (2000). Personalidad y conducta antisocial: Amplificadores individuales de los efectos contextuales. **Psicothema**, 12, 661-670.

- Veneziano, C. y Veneziano, L. (1988). Knowledge of social skills among institutionalized juvenile delinquents. **Criminal Justice and Behavior**, **15**, 152-171.
- Zuckerman, M. (1991). **Psychobiology of personality**. Cambridge: Cambridge University Press.
- Zuckerman, M. (1994). **Behavioral expressions and biosocial bases of sensation seeking**. Cambridge: Cambridge University Press Tabla 1. Ítems del PCL-R que definen los tres factores identificados por Cooke y Michie (1999).

Cuestiones

1. Distingue entre crimen y criminalidad.
2. Según la perspectiva institucionalista, cual es el objeto de estudio y cual el sujeto de investigación.
3. Qué variables se han visto asociadas a la conducta criminal dentro de la familia como contexto de socialización.
4. Dentro de las perspectivas unificadoras, cómo se concibe a la familia.
5. Qué aspectos de la impulsividad te parecen más importantes.
6. Relaciona Valores y Conducta criminal.
7. Indica las ideas de Moffitt acerca de los delincuentes persistentes y temporales.
8. Aporta algunos aspectos sobre la personalidad psicopática.